

1

Espiritualidad cristiana y espiritualidades contemporáneas

Eldin Villafañe

Base bíblica: Hechos 13: 1-12

El legado singular de la iglesia cristiana del siglo 20 a la del siglo 21 es el «redescubrimiento» de la persona y obra del Espíritu Santo. Es un legado que subraya la urgencia del poder del Espíritu «liberador» en favor de una espiritualidad y misión integral del Reino de Dios. Este legado tiene sus raíces en la historia de la acción del Espíritu Santo como el factor decisivo en la vida y misión de la iglesia primitiva. Según lo relató Lucas en el libro de los Hechos, el Espíritu Santo estuvo presente para *escoger* (Hch 1.1-2; 2.38-39; 6.1-7; 11.15-18; 13.1-2; 20.28; 28.25-28), *enviar* (Hch 1. 8; 5.27-32; 8.29, 39; 10.19-20; 11.12; 13.4; 16.6-10; 20. 22-23) y *equipar* (Hch 1.8; 2.4; 4.29-33; 10.38; 13.6-12) a su iglesia en cada paso de avance del evangelio. El poder del Espíritu Santo se manifestó en múltiples sanidades, señales y prodigios (Hch 2.1-13, 42-47; 3.6-8;

4.33-37; 5.12, 15, 16, 19; 6.8; 8.39-40; 9.32-43; 11.27-28; 12.7; 13. 9-12; 14.3; 15.12; 16.25-26; 19.11-12; 21.10-11; 28.1-10) que daban «testimonio del evangelio de la gracia de Dios» (Hch 20.24) por medio de nuestro Señor Jesucristo.

Al mismo tiempo, es importante notar que los testigos de Jesucristo tenían que confrontar «poderes» que se oponían al evangelio (Hch 4.1-3; 5.1-10, 17, 18; 6.9-10; 7.51-53; 8.1, 9-24; 12.1-5; 13.50-52; 16.19-21; 18.9-10; 19.23-41; 21.7-36; 23.12-22).

El pasaje bíblico que he escogido para nuestra meditación nos presenta un cuadro informativo y vital para la iglesia. Este pasaje, de gran valor misionológico, nos servirá de caso paradigmático para señalar algunas enseñanzas sobre el poder del Espíritu Santo y los poderes.

***El Espíritu escoge:
el poder del llamado
del Espíritu de Dios (vv. 1-2)***

La iglesia de Antioquía fue una comunidad fundada bajo el crisol de la persecución (Hch 11.19). En Antioquía, los discípulos fueron llamados «cristianos» por primera vez (Hch 11.26). Allí Pablo comenzó su primer viaje misionero.

La iglesia de Antioquía fue una verdadera *koinonía* del Espíritu, una comunidad *formada e informada* por el Espíritu. Lucas nos dice que había profetas y maestros «en la iglesia que estaba en Antioquía» (v. 1). Pablo, más tarde, nos enseñará que esos eran dones de Cristo a su iglesia con un fin formativo y corporativo:

... perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo.
(Ef 4.12)

Es interesante observar que

la lista de profetas y maestros ya eran simbólica de la misión universal del evangelio, [pues eran] hombres de muchas tierras y culturas [que] habían descubierto el secreto de la unidad porque habían descubierto el secreto de Cristo.¹

a. La adoración y el llamado de Dios

Lucas registra que, mientras ministraban al Señor y ayunaban, el Espíritu Santo les habló y pidió que apartaran a Bernabé y a Saulo «para la obra que los he llamado» (v. 2). Como nos recuerda el erudito F. F. Bruce,

en el Nuevo Testamento hay indicaciones de que los cristianos eran especialmente sensibles a las comunicaciones del Espíritu mientras ayunaban.²

La ministración o adoración [la palabra que se traduce por «ministrar» (v. 2) es la misma que se deriva del término moderno «liturgia»] parece indicar que el Espíritu Santo habló en el culto. La adoración al Señor siempre ha provisto un contexto ideal para el llamado de Dios (ver ejemplos en 1S 3.1-21 e Is 6.1-8).

¹ William Barclay, *Comentario al Nuevo Testamento: los Hechos de los Apóstoles*, CLIE, Barcelona, 1994 (1970), p. 130.

² F. F. Bruce, *Hechos de los apóstoles: introducción, comentario y notas*, Nueva Creación, Buenos Aires, 1998 (1990), p. 291.

La adoración refleja la gracia amorosa de Dios *con* y *en* su pueblo. Es la expresión más profunda y recíproca del creyente y Dios en una relación amorosa. La adoración es una relación del amor de Dios que señala la misma naturaleza de Dios (1Jn 4.7-21) y el plan de Dios con su creación (Jn 3.16). El Dios de gracia amorosa que escogió y envió a Bernabé y a Saulo en misión es el Dios que, desde el principio, ha invitado a sus criaturas a una relación de amor.

El llamado del Espíritu está vinculado al envío o misión de Dios (*missio Dei*) de crear un pueblo para sí, un pueblo donde él habita y con el que tiene comunión íntima (1Jn 4.16). Tal llamado del Espíritu de Dios a la comunión divina responde a la naturaleza del Dios trino, a una «ontología relacional».

b. La ontología relacional y el llamado de Dios

Dios es una comunidad de personas —Padre, Hijo y Espíritu Santo—, un sólo Dios en tres personas. El Espíritu es la persona de unidad, de vínculo, que une al Padre con el Hijo, al Padre con el Espíritu, al Hijo con el Espíritu, y une a los tres en uno. Agustín y otros nos hablan de la relación del Espíritu con el Padre y el Hijo como *vinculum amores* (vínculo de amor). Juan de la Cruz nombra al Espíritu como «una viva llama de Amor».

El Dios trino es una *koinonía*, una comunión que, en su gracia amorosa, se extiende para crear y llamar a un pueblo para sí. Pablo, en una de esas porciones bíblicas de gran riqueza teológica, dice:

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor
Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición

espi-ritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos *escogió* en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha de-lante de él, en *amor* habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro *afecto* de su voluntad, para alabanza de la gloria de su *gracia*, con la cual nos hizo aceptos en el *Amado*. (Ef 1.3-6)

Nosotros, como pueblo de Dios, participamos de ese

amor de Dios [que] ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo. (Ro 5.5)

Y, como pueblo de Dios, participamos en su «comunidad amorosa» (1Jn 4.7, 8, 16), una comunión a la que se le ha llamado «el baile de Dios»³.

Mientras la iglesia en Antioquía ministraba, adoraba, estaba en comunión con el Señor, el Espíritu Santo escogió (apartó). El llamado de Dios a la iglesia esta vinculado a e informado *por* su comunión divina. La *koinonía* divina se manifiesta concretamente en la *koinonía* del Espíritu, su iglesia. El Espíritu Santo es el que «llama a ser» a la iglesia y el que la separa, aparta o escoge para sí y para su obra.

Bernabé y Saulo son prototipos y representantes de ese llamado de Dios a su pueblo, un pueblo llamado a vivir y andar en amor (Ef 5.1-2; 1Jn 4.7-21). Y un pueblo llamado a vivir y proclamar «el evangelio de la paz por medio de Jesucristo» (Hch 10.36). Pedro, con lujo de detalles, anuncia la nobleza y grandeza del *llamado*:

³ Clark H. Pinnock, *Flame of Love: A Theology of the Holy Spirit*, Intervarsity Press, Downers Grove, Illinois, 1996, p. 37.

Mas vosotros sois linaje *escogido*, real sacerdocio, nación santa, pueblo *adquirido* por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os *llamó* de las tinieblas, a su luz admirable.

(1 P 2.9)

***El Espíritu envía:
el poder del Espíritu
en la misión de Dios (vv. 3-4)***

En nuestro pasaje bíblico podemos observar que, después de ayunar, de orar y de la imposición de las manos —acciones y medios de gracia en el discernimiento y confirmación de la voluntad divina— «despidieron» a Bernabé y a Saulo (v. 3). Es importante señalar que la imposición de manos no les impartía a ellos ningún don o autoridad espiritual sino que expresaba la comunión (*koinonía*) de la iglesia con sus delegados o «apóstoles».⁴ Era una *koinonía* que despedía con sus bendiciones a dos de sus profetas y maestros. Ellos fueron «encomendados a la gracia de Dios para la obra que habían [de cumplir]» (Hch 14.26). Tal comisión confirmaba el llamado del Espíritu a Bernabé y a Saulo y los comprometía a dar cuenta de su labor misionera a la *koinonía* de Antioquía (Hch 14.26-27). Es notable cómo Lucas subraya que ellos fueron «enviados» por el Espíritu Santo y no simplemente «despedidos» por ellos (Hch 13.4). El Espíritu Santo no sólo es el que *escogió* (v. 3) sino también es el que *envió* (v. 4).

⁴ Bruce, *op. cit.*, p. 291.

a. Cristología de Espíritu («*Spirit Christology*») y la misión de Dios

En este texto bíblico que estamos considerando se nota el papel singular del Espíritu en la misión de Dios. El Espíritu Santo es la fuente de nuestra misión. Lucas, a lo largo de sus escritos, claramente señala que el Espíritu fue el que inició la misión (Hch 13.2-4), dirigió la misión (Hch 8.29; 16. 6-10) y dio poder para cumplir la misión (Lc 24.45-49; Hch 1.8); una misión que siempre involucró al Dios trino ya que la «misión no es ante todo una actividad de la iglesia sino un atributo de Dios; [nuestro] «Dios es un Dios misionero»⁵.

Es evidente en los evangelios que «el poder del Espíritu en la misión de Dios» también se manifestó en la vida y misión de nuestro Señor Jesucristo. Tenemos que recordar que es en el paradigma de Jesús donde se ve claramente la vinculación del Espíritu Santo con Jesús en la misión de Dios. Este vínculo señala, en la vida y misión de Jesús, muchos elementos y eventos que sus discípulos experimentarían en los «hechos del Espíritu» a través de la historia. En otras palabras, hay una «cristología de Espíritu» que nos habla del papel significativo del Espíritu Santo en la vida y obra de Jesucristo. Tal «cristología de Espíritu» nos ayuda a entender la misión del Dios trino revelada en Jesús y continuada por la *koinonía* del Espíritu, la iglesia.

El evangelio nos revela al Espíritu Santo trabajando activamente en toda fase de la vida y misión de Jesús. El Espíritu estuvo presente y vinculado con Jesús en su nacimiento (Lc 1.35), bautismo (Mt 3.16), tentación (Mt 4.

⁵ David J. Bosch, *Transforming Mission: Paradigm Shifts in Theology of Mission*, Orbis Books, Maryknoll, N.Y., 1991, p. 390.

3), predicación (Lc 4.18-19), liberaciones (Hch 4.3), muerte (Heb 9. 14) y resurrección (Ro 1.4).

También podemos señalar, por ejemplo, que fue por el poder del Espíritu que Jesús fue escogido-ungido (Lc 1.35; 2.26; 3.21-22; 4.18; Hch 10.38), enviado (Jn 3.34; Lc 4. 18-19) y equipado —con poder— (Lc 4.14, 18-19; Mt 12. 28; Hch 10.38).

Sin lugar a duda, la misión de Jesús fue y es una misión de unción del Espíritu:

El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungió para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor.
(Lc 4.18-19)

b. El Reino y la misión de Dios

La misión de Dios se encarnó en la vida y obra del Cristo carismático (Jn 3.34; Mt 12.28). Y para Jesús, el

Reino de Dios es el punto de partida y contexto de [esa] misión.⁶

El Reino de Dios (*basileia tou Theou*) fue central en la misión de Jesús. Mucho se ha dicho y escrito sobre el Reino de Dios; fundamentalmente nos habla del gobierno, de la soberanía y del señorío de Dios sobre su creación.

En la confrontación con los fariseos en Mateo 12.28, Jesús atestiguó la presencia del Reino al echar fuera a los

⁶ *Ibid.*, p. 32.

de-monios por el poder del Espíritu de Dios. Como afirma C. René Padilla:

El reino de las tinieblas que corresponde a este siglo ha sido invadido; el «hombre fuerte» ha sido desarmado, conquistado y saqueado (Mt 12.29; Lc 11.22)... En otras palabras, la misión histórica de Jesús sólo puede entenderse en conexión con el Reino de Dios. Su misión aquí y ahora es la manifestación del Reino como una realidad presente en su propia persona y acción, en su predicación del evangelio y en sus obras de justicia y misericordia.⁷

El evangelio del Reino es la buena noticia de que, a partir de la vida, la muerte y la resurrección de Cristo, el reinado de Dios se manifiesta en los acontecimientos físicos e históricos de las personas atadas y obstaculizadas por fuerzas demoníacas, ahora capaces de experimentar una total liberación del Espíritu. La salvación de Dios en Cristo afecta a la persona en su totalidad, tanto espiritual como física, y en su realidad histórica concreta. Nada queda exento del Reino de Dios. Por eso es que un evangelio integral vive y proclama una justicia personal y social. Continuamos compartiendo la misión liberadora de Jesús aunque vivimos en el *todavía no* de la plenitud del cumplimiento del Reino que aguarda la *parusía* en el futuro, obedientes a su Palabra que nos reta: «Como me *envió* el Padre, así también yo os *envío*» (Jn 20.21).

Es de suma importancia notar aquí que el bautismo en el Espíritu de la iglesia primitiva (Hch 2) fue interpretado

⁷ C. René Padilla, *Misión integral: ensayos sobre el Reino y la iglesia*, Nueva Creación, Buenos Aires, 1986, p. 182.

como una continuación de la misión de Jesús realizada en el poder del Espíritu. Las «señales y prodigios» atestiguaron su participación en el *ahora* pero *todavía no* de la irrupción del Reino de Dios. Joel 2.28-29 fue interpretado como la promesa de los tiempos *finales*, «el principio del fin». La iglesia primitiva se percibía a sí misma como una comunidad escatológica.

El derramamiento del Espíritu, reúne en la comunidad del Reino de Dios, a la comunidad del Espíritu.

***El Espíritu equipa:
el poder del Espíritu de Dios
contra los poderes (vv. 5-12)***

Bernabé y Saulo, enviados por el Espíritu, partieron de Antioquía rumbo a la isla de Chipre (v. 4). Para Bernabé, oriundo de Chipre (Hch 4.36), quizá fue natural el comenzar la misión en esta provincia romana. Chipre era famosa por sus minas de cobre y contaba con una importante comunidad judía. Al llegar a Salamina, y teniendo a Juan Marcos como ayudante, Lucas nos informa que predicaron en las sinagogas (v. 5). No mucho más nos dice Lucas sobre la obra en Salamina aunque es importante notar que la práctica de ir a la sinagoga judía establece un patrón estratégico paulino para la mayor parte de su subsiguiente ministerio evangelizador.⁸

Desde Salamina, Bernabé y Saulo atraviesan la isla hasta llegar a Pafos, la capital romana de Chipre (v. 6). Es aquí

⁸ Bruce, *op. cit.*, pp. 292-293; Justo L. González, *Hechos (Comentario bíblico hispanoamericano)*, Caribe, Miami, Florida, 1992, p. 201.

donde Lucas fija nuestra atención en un significativo e instructivo «encuentro de poderes espirituales» del Nuevo Testamento.

a. Pablo confronta a los «poderes» en Barjesús

La escena que pinta Lucas es dramática, provocativa y muy bien conocida. En Pafos había un mago, falso profeta y judío al que llamaban Barjesús (v. 6). Barjesús pertenecía al entorno del procónsul Sergio Paulo, gobernador de Chi-pre. Manifestaba resistencia ante Bernabé y Saulo.

No estaba sólo en juego la conversión y liberación del procónsul Sergio Paulo ya que él «deseaba oír la Palabra de Dios» (v. 7) sino también el testimonio y posible apertura de toda esta región al evangelio. El resultado de este encuentro lo conocemos bien. Saulo, ahora llamado Pablo, confrontó a Barjesús. Este «brujo», quien se había opuesto

a la verdad, se había mostrado como un hijo del diablo, más que un hijo o un seguidor de Jesús, como podría sugerir su nombre Barjesús.⁹

Pablo, «lleno del Espíritu Santo» (v. 9) fijó sus ojos en Barjesús y discernió que ésta no era una mera confrontación humana. Luego pronunció el juicio divino sobre Barjesús. Una versión traduce el juicio en esta manera:

Ahora mismo, fíjate, el Señor te da una *bofetada*, y te vas a quedar ciego e incapaz de ver la luz del sol por algún tiempo...

⁹ *Ibid.*, p. 295.

E inmediatamente cayó sobre él la más densa oscuridad, e iba a tientas buscando a alguien que lo llevara de la mano (v. 11).¹⁰

La oposición de Barjesús desenmascaró la realidad existente. Porque la raíz de la oposición de Barjesús se debía a los fuerzas diabólicas operando en él más que al temor de perder sus privilegio de corte. En Hechos 13.10, Lucas cita las palabras de Pablo que, inspirado por el Espíritu, describen no sólo a Barjesús y la naturaleza de su esclavitud espiritual sino también la naturaleza de los «poderes» malignos:

Oh, lleno de todo engaño y de toda maldad, hijo del diablo, enemigo de toda justicia. ¿No cesarás de trastornar los caminos rectos del Señor? (v. 10).

Podemos señalar cuatro elementos de este versículo que nos proveen «un paradigma de los poderes»:

- *Parentesco*: «hijo del diablo».
- *Perfil moral*: «lleno de todo engaño y de toda maldad».
- *Propósitos malignos*: «enemigo de toda justicia».
- *Proyectos metódicos*: «trastornar los caminos rectos del Señor».

En pocos versículos, Lucas nos presenta un cuadro clásico de la confrontación no simplemente de Pablo contra Barjesús sino del poder del Espíritu de Dios contra los poderes diabólicos del mundo de las tinieblas.

¹⁰ Barclay, *op. cit.*, p. 131.

b. La iglesia confronta a los «poderes» en el poder del Espíritu

A lo largo del libro de los Hechos, Lucas narra la historia del avance del evangelio y los «poderes» que se oponen. Surgen varias preguntas. ¿Quiénes son estos «poderes»? ¿Cómo se manifiestan? ¿Cuál es nuestra postura ante ellos?

En los Hechos, al igual que en los Evangelios, la realidad de los «poderes» se da por sentado. Son parte de una cosmología bíblica que trasciende los límites de la modernidad y su esclavitud a un «cientificismo» materialista. Las manifestaciones personales de los «poderes» se ven, quizá fácilmente, en casos de individuos: por ejemplo, los endemoniados gadarenos (Mt 8.28), Simón (Hch 8.9-24) y Barjesús (Hch 13.6-12). Sin embargo, es en los casos sociales y políticos (Hch 5.1-10; 12.1-5; 16.37-40) donde el discernimiento del Espíritu es mucho más necesario si vamos a «ver» la realidad de los «poderes» y su fuente malvada en Satanás, a quien la Biblia presenta como el príncipe o gobernador de ese orden social opuesto a Dios y a los propósitos de Dios para la humanidad. En los Evangelios, la propia misión de Jesús, aún su muerte en la cruz, incluye el juicio sobre el príncipe de este «imperio maligno» (Jn 12. 31; 16.11).

Es en los escritos de Pablo que encontramos un pensamiento más amplio sobre los «poderes». Pablo, en varios versículos y pasajes bíblicos, describe una realidad que va más allá de lo personal (en los últimos años, esto le ha llamado la atención a muchos eruditos bíblicos, teólogos y eticistas). Los pasajes paulinos más sobresalientes y claves para una mejor comprensión de los «poderes» son: Romanos 8.38-39; 13:1-2a; 1 Corintios 2.6-8; 15.24-26; 2

Co-rintios 10.3-4; Efesios 1.20-21; 2.1-2; 3.10; 6.12; Colosenses 1.16-20; 2.10, 15; y Tito 3.1.¹¹

La Palabra de Dios nos enseña que, más allá del pecado personal y la maldad personal, más allá de las estructuras sociales entretejidas con designios morales pecaminosos y malvados, más allá de un sistema de valores pecaminoso y corrupto, *existe* el mal «en los papeles políticos y sociales de los poderosos seres sobrenaturales»¹². La sociedad está atra-vesada por «el misterio de la iniquidad» (2Ts 2.7).

En contra de Hendrikus Berkhoff, Walter Wink y otros, el eticista bíblico Stephen Mott afirma que estos «poderes» son poderes angelicales caídos, no fuerzas o principados sociales despersonalizados. Su cuidadosa exégesis de las Escrituras y de la literatura apocalíptica helenista y judía pertinente lo obliga a

hacer hincapié en este trasfondo, no para introducir las [ciencias] ocultas dentro de la manera en que se comprende el mal institucional, sino por cuanto muestra el significado social y político de los poderes.¹³

La lucha de la iglesia por una espiritualidad auténtica y

¹¹ La literatura sobre los «poderes» es vasta. Ver entre otros: Hendrikus Berkhof, *Cristo y los poderes*, TELL, Grand Rapids, Michigan, 1985 (1953); Walter Wink, *Naming the Powers: The Language of Powers in the New Testament*, Fortress, Filadelfia, 1984; John H. Yoder, *Jesús y la realidad política*, Certeza, Buenos Aires, 1985; Thomas H. McAlpine, *Facing the Powers: What are the Options?*, MARC, Monrovia, CA., 1991.

¹² Stephen C. Mott, *Ética bíblica y cambio social*, Nueva Creación, Buenos Aires 1995 (1982), pp. 6-7. En esta sección de mi exposición dependo de mi obra, *El Espíritu liberador: hacia una ética social pentecostal latinoamericana*, Nueva Creación, Buenos Aires, pp. 156-158.

¹³ *Ibid.*, p. 8.

social, al igual que por una misión integral, requiere saber que

no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra potestades [*exousiai*], contra los gobernadores de las tinieblas [*cosmokratores*] de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. (Ef 6.12)

Éstos son «poderes» que se rebelaron contra Dios y que, según Colosenses 1.15-16, eran parte de la buena creación de Dios:

El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él.

Su poder y autoridad original sobre la creación incluía la vida social y política. Esta autoridad dada por Dios para un cuidado providencial se ha tornado en opresión. Debemos subrayar aquí que una sana misionología bíblica y evangélica requiere entender a los «poderes» en el marco de una teología de la creación. Estos «poderes» son caídos con *pretensiones idolátricas y demoníacas*. Pero a pesar de su condición de caídos y según el teólogo John H. Yoder,

no pueden escapar completamente a la soberanía providencial de Dios. Él es aún capaz de utilizarlos para bien.¹⁴

Tomando una posición un poco controversial pero de

¹⁴ Yoder, *op. cit.*, p. 106.

gran perspicacia y profundidad teológica, Yoder caracteriza la situación ambivalente de la humanidad en cuanto a los «poderes» y sus manifestaciones en estructuras, instituciones y otras realidades corporativas por medio de una paradoja: «No podemos vivir sin ellas... No podemos vivir con ellas». Déjenme citar nuevamente a Yoder:

No podría haber habido ni sociedad ni historia; el hombre no habría emergido si no hubieran existido las estructuras religiosas, intelectuales, morales y sociales. *No podemos vivir sin ellas.* Estas estructuras no son, y nunca han sido, una mera suma total de los individuos que la componen. El todo es más que la suma de sus partes. Y ese «más» es un poder invisible, aunque no estemos acostumbrados a hablar de ello en términos personales o angélicos. Pero estas estructuras no sirven al hombre como deberían hacerlo. No lo capacitan para vivir una vida genuinamente libre, humana, amante. Se han absolutizado a sí mismas y demandan una lealtad incondicional del individuo y de la sociedad. Dañan y esclavizan al hombre. *No podemos vivir con ellas.*¹⁵

Es bueno clarificar estas palabras con una cita de mi colega Stephen Mott:

El orden mundial y la presencia negativa de los poderes nunca son *sinónimos* de las formas concretas de la vida social e institucional. Las instituciones funcionan tanto para esclavizar como para liberar la existencia humana. Los poderes *sien-pre* están presentes junto a la

¹⁵ *Ibid.*, p. 107 (énfasis de Yoder).

esclavitud y la muerte, en menor o mayor grado; pero su existencia real está detrás de las escenas en un sistema de valores hostiles que pugnan por controlar la vida del mundo.¹⁶

A esta altura de nuestra reflexión debemos resaltar que los «poderes» han sido derrotados y cautivados por Cristo. Como nos recuerda Pablo en Colosenses 2.15:

Y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz.

Los «poderes» han sido «desarmados» por Cristo; no tenemos necesidad de absolutizarlos o de responder a sus pretensiones idolátricas y demoníacas.

Estas «buenas noticias» son parte integral de nuestra manifestación y proclamación del evangelio de Jesucristo en el poder del Espíritu. Y es en el poder del Espíritu y «vestidos de toda la armadura de Dios» (Ef 6.11-18) que la iglesia *confronta* a los «poderes» por lo menos en cinco formas:

- *Discerniendo su presencia*
(Hch 4.25-28; 5.3, 9; 8.23; 13.9; 16.37).
- *Desenmascarando sus pretensiones*
(Hch 5.1-10; 8. 20-23; 13.9-11).
- *Denunciando sus pecados y maldad*
(Hch 5.3-4,8-9; 8.18-25; 13.10; 16.37-40).
- *Demostrando el poder del evangelio con señales y prodigios*
(Hch 4.30; 5.10-12; 8.4-8; 12.7-11; 13.11; 19. 11).

¹⁶ Mott, *op.cit.*, p. 16 (énfasis de Mott).

- *Dando testimonio del señorío de Jesucristo*

(Hch 2. 42-47; 3.12-16; 4.8-10,32-35; 8.4-8; 13.12; 23.11).

En nuestros «encuentros de poderes espirituales», sean ellos *personales* o *institucionales*, tenemos esta gloriosa garantía:

...somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni *principados*, ni *potestades*, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro. (Ro 8.37-39)

Conclusión

El pasaje bíblico que nos ha servido de caso paradigmático (Hch 13.1-12) concluye con una nota de doble triunfo. Primero, *demuestra* la confianza de que los siervos en misión tendrán el poder del Espíritu para confrontar a los «poderes». Segundo, *confirma* el poder del evangelio y el evangelio de poder en la conversión no sólo del pro-cónsul Sergio Paulo (v. 12) sino también de todos, «los cuales el dios de este siglo [ha cegado] el entendimiento» (2Co 4.4).

En el umbral del nuevo milenio debemos afirmar que el proyecto histórico del Espíritu —el Reino de Dios— triunfará en la medida en que la vida y misión de la iglesia sea formada e informada por Aquel que *escoge, envía y equipa*.

Firmes y adelante, huestes de la fe,
sin temor alguno, que Jesús nos ve.
Jefe soberano, Cristo al frente va,
y la regia enseña tremolando está.

Coro

Firmes y adelante, huestes de la fe,
sin temor alguno, que Jesús nos ve.

Al sagrado nombre de nuestro Adalid,
tiembla el enemigo y huye de la lid.
Nuestra es la victoria, dad a Dios loor,
y óigalo el averno lleno de pavor.

Muévese potente la iglesia de Dios,
de los ya gloriosos marchamos en pos.
Somos sólo un cuerpo y uno es el Señor,
una la esperanza y uno nuestro amor.

Tronos y coronas pueden perecer;
de Jesús, la iglesia, fiel habrá de ser:
Nada en contra suya prevalecerá
porque la promesa nunca faltará.¹⁷

Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre
vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en
Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo
último de la tierra. (Hch 1.8)

¹⁷ «Firmes y adelante», en *Himnos de Gloria*, Vida, Miami, Florida, 1949.